

puerta, luego un cuarto, despues una ventana; y sin detenerse á considerar su altura de veinte piés, saltó por eila á la calle y rodó, quedando estropeado y chorreando sangre; se levantó otra vez como un Anteo, con nueva fuerza, y corrió al palacio arzobispal.

La infeliz Hipatia yacía medio exánime en el suelo, y la judía estaba observando sus amargas lágrimas.... que le arrancaban, no meramente el desengaño, sino ademas, la vergüenza. Pues habiendo conocido las facciones de Filemon, al huir éste, el velo se habia rasgado ante sus ojos, y la esperanza y el respeto que la hija de Teon se profesaba así misma, habian concluido para siempre.

Su justo furor era demasiado profundo para prorumpir en insultos. Se levantó con lentitud, entró de nuevo en el aposento interior, se envolvió deliberadamente su manto, y salió sin abrir los labios, lanzando una mirada de solemne desprecio á la judía.

—¡Ah! bien vale esto unas cuantas miradas de indignacion, dijo la vieja en sus adentros, sonriéndose al coger del suelo el premio porque habia estado

maquinando tanto tiempo. . . . la media ágata negra de Rafael.

—Me admiraria que la echase de menos; y aunque así fuese, quizá no la quiera desde que ha descubierto los arcángeles palpables que se aparecen cuando la frota. Si tratase de recobrarla.... entonces habrá de medir sus fuerzas con las mias.... ó mas bien con las de una turba amotinada de cristianos.

En seguida, sacando de su seno la otra mitad del talisman, ajustó las dos piezas una vez y otra, pasando los dedos por ellas y contemplándolas con llorosos ojos, hasta que se convenció de que la fractura se unia perfectamente. De tiempo en tiempo decia:

—¡Oh! ¡Si él estuviera aquí! ¡Oh! si volviese ahora.... ahora. Iré á consultar al teraf, que quizá sepa dónde se encuentra....

Y marchó á entregarse á sus sortilegios, mientras que Hipatia, ya en su casa, se arrojó en el lecho y prorumpió en un sordo y prolongado llanto, como de un niño cuando padece, hasta que el alba vino á alumbrar su vergüenza y desesperacion. Levantóse entonces, y

haciendo el postrer esfuerzo, preparó un discurso, el último, en que se despedía para siempre de Alejandría y de las escuelas.

Entretanto, Filemon fuera de sí, subía por la calle principal que iba á dar al Serápeo; pero no debía llegar tan pronto como se habia figurado, pues antes de que hubiese andado media milla, vió una multitud que se adelantaba hácia él cerrando toda la calle.

La masa del pueblo parecia interminable. Miles de antorchas brillaban sobre sus cabezas, y en el centro de la procesion se entonaba un solemne canto, que Filemon reconoció al momento, pues era un himno católico que habia oido muchas veces. Quiso torcer por otra calle; pero al intentarlo, vió que todas estaban igualmente interceptadas, y casi antes de advertirlo, se encontró en medio de la vanguardia de la gran columna,

—Dejadme pasar, gritó con voz suplicante.

—¿A tí, pagano?

En vano protestó de su cristianismo.

—¡Origenista, donatista, herege! ¡á

dónde ha de ir todo buen católico esta noche, no siendo al Cesáreo?

—Hermanos, hermanos míos, no tengo nada que hacer en el Cesáreo, exclamó en el estremo de la desesperacion. Voy á ver privadamente al patriarca para hablarle de cosas importantes.

—¡Mientes! pues pretendes conocer al patriarca, y no sabes que esta noche trasladada al Cesáreo el sacratísimo cuerpo del mártir Ammonio.

—¿Cómo! ¡Cirilo está con vosotros?

—El y todo su clero.

—Mejor es así; mejor es un público, dijo Filemon, y se unió á la multitud.

Siguiéron todos adelante cantando himnos fúnebres, llegaron por la Puerta del Sol á la esplanada y torcieron á la derecha á lo largo del muelle, mientras que la luz de las antorchas bañaba con un resplandor rojizo el gran frontis del Cesáreo, los obeliscos que se elevaban ante él, los mástiles de los miles de barcos que estaban en el puerto á su izquierda; y por último, delante de la enorme masa del palacio al fin de la esplanada, una larga línea de yelmos y corazas, detrás de una barrera de ca-

bles que habian sido extendidos desde la playa al Museo.

Allí se detuvo la muchedumbre, oyendose un sordo y ominoso murmullo; y luego, impelida por las filas posteriores, se acercó casi á la barrera. Los soldados bajaron las puntas de sus lanzas y permanecieron firmes. La multitud retrocedió y volvió de nuevo á avanzar. Se levantaron feroces gritos; algunos de los mas osados quisieron echar mano de piedras; pero afortunadamente el pavimento era demasiado firme para ellos. Otro momento mas, y todas las tropas de Alejandría se hubieran visto empeñadas en un combate de vida ó muerte con cincuenta mil cristianos....

Peró Cirilo no habia olvidado su generalato. Sabia el número y valor del enemigo, y estaba cierto de que en caso de colision, no se daría cuartel por ninguna de las partes. Además, si debía empeñarse una batalla, lo cual tenia que acontecer mas tarde ó mas temprano, no debía ser en su presencia ni con su sancion. De su lado estaba la justicia, y del lado de Orestes la injusticia, y queria que las cosas no sufriesen alteracion, á lo menos hasta la vuelta del

correo que habia enviado á Bizancio, y hasta que Orestes fuese proscrito ó se le exonerase de su empleo. En tal sentido dió instrucciones el prudente prelado á sus ayudantes de campo, los diáconos de la ciudad, y continuó su camino al Cesáreo, seguro de que aquellos impedirian que la paz se alterase.

Los diáconos desempeñaron perfectamente su encargo. Antes que por ninguna de las partes hubiese ningun herido ni se dirigiese ningun insulto á la contraria, consiguieron llegar á la primera fila de la muchedumbre, y con fuertes amenazas de escomunion, no solo intimaron la paz, sino el silencio absoluto, hasta que se terminase la sagrada ceremonia que debía tener lugar. A fin de que se cumpliesen sus mandatos, no cesaron de recorrer la filas hostiles durante dos horas, la cual hizo prorumpir á los soldados en gritos de admiracion; y el tribuno de la cohorte, que ni se openia ni deseaba con ardor el combate, les cumplimentó por sus laudables esfuerzos para mantener el orden público, recibiendo la respuesta algo ambigua de que sus armas de guerra no eran carnales, que ellos no lucha-

ban contra la carne y la sangre, sino contra los principados y las potestades, &c., &c.; respuesta de que el tribuno, á la sazón medio dormido, creyó no debía pedir esplicacion.

Entretanto el cuerpo del mártir, encerrado en una urna de cristal, y coronado por un rico dosel, habia sido conducido al templo, precediéndole y siguiéndole una brillante línea de clérigos, entre los cuales se distinguia la magestuosa figura del pontífice. Iban detrás unos mil monges, no solo de Alejandria y Nitria, sino de todas las vecinas ciudades y monasterios. Filemon, habiendo estado como media hora sin poder entrar en la iglesia, tuvo ocasion de ver aquel inmenso acompañamiento, y se sintió inclinado á creer la jactancia que habia oido tan á menudo en Alejandria, de que una mitad de la poblacion de Egipto habia ingresado á la sazón en las órdenes religiosas.

Después de los monges, empezaron á entrar los seglares; pero estos eran tantos y se agolpaban en tan gran número á las gradas, que antes de que Filemon lograrse penetrar en la iglesia, el sermón de Cirilo habia principado.

—¿Qué es lo que acabais de ver? ¡Un hombre vestido de suaves telas! No, de esa clase se encuentran en los palacios de los reyes, y en los palacios de los prefectos que quisieran ser emperadores y renunciar al Señor.... de quienes está escrito que El, que se sienta en el cielo, los desprecia, y coge al malo en sus propias redes, é inutiliza los proyectos de los principes. Si, en los palacios de los reyes, y tambien en los teatros, donde los ricos del mundo, pobres en fé, niegan su pacto, y contaminan sus vestiduras bautismales, de manera que puedan honrar á los devoradores de la tierra. ¡Ay de los que creen les está permitido participar de la copa del Señor y de la de los diablos! ¡Ay de los que alaban con la misma boca á Afrodita, y á aquella de quien está escrito que El nació, á la pura Virgen! Sean esos todos escomulgados de la congregacion del Señor, hasta que hayan purgado sus pecados con la penitencia y la limosna. Pero en cuanto á vosotros, pobres del mundo, ricos en fé, vosotros á quien el rico desprecia.... ¿qué es lo que habeis venido á ver en la soledad de esta noche? Un profeta....

si, y mas que profeta... un mártir. ¡Mas que profeta, mas que rey, mas que prefecto! Su teatro fué la arena del desierto, su trono la cruz: le ciñeron la corona, no filósofos paganos ni hijos de Satanás, que engañan á los hombres con las artes de su padre, sino ángeles y arcángeles; una corona de gloria, el laurel del vencedor que cree eternamente en el paraíso del mas alto cielo. No le llameis ya Ammonio, ¡llamadle Thaumasius admirable! Admirable en su pobreza, admirable en su celo, admirable en su fé, admirable en su fortaleza, admirable en su muerte, y mas admirable en la manera como se verificó ésta. ¡Feliz mil veces el que ha merecido el honor de la cruz! Pues habiendo sido tan honrado en la carne, lo será tambien en la vida de que ahora disfruta; y por la virtud de estos miembros tres veces santos, la lepra será curada, el mudo recobrará la voz y el muerto resucitará. Sí; sería impiedad dudarlo. Esta carne, consagrada por la cruz, no solo descansará en paz, sino que ejercerá una accion poderosa. ¡Acercaos y obtener la salud! ¡Acercaos, y ved la gloria de los santos, la gloria del pobre! ¡Acercaos,

y aprended que lo que el hombre desprecia, Dios lo tiene en alta estima; que lo que el hombre rechaza, Dios lo acepta; que lo que el hombre castiga, Dios lo recompensa! ¡Acercaos, y ved cómo Dios ha elegido las necesidades de este mundo para confundir á los sabios, y las flaquezas para confundir á los fuertes! El hombre aborrece la cruz: el Hijo de Dios condesciende en padecer este suplicio. El hombre huella al infeliz que gime en la miseria: el Hijo de Dios no tiene donde descansar la cabeza. El hombre pasa junto al enfermo y le abandona como inútil: el Hijo de Dios le escoge para que comparta sus padecimientos, y que la gloria de Dios se manifieste en El. El hombre maldice al publicano, al paso que le emplea en llenar sus cofres con los despojos del pobre: el Hijo de Dios le llama y saca del sitio donde recaudaba el dinero, para ser un apóstol mas alto que los reyes de la tierra. El hombre arroja de sí á la prostituta como flor marchita, no obstante haberla inducido á ser esclava del pecado: el Hijo de Dios la llama, á ella la corrompida, la despreciada; y acepta sus lágrimas, bendice

su ofrenda, y declara que sus pecados están perdonados, porque ha amado mucho; pero aquel a quien poco se perdona, ama poco...”

Filemon no oyó mas. Con la naturaleza apasionada é impulsiva de un fanático griego, atravesó por entre la multitud, dirigiéndose hácia la escalera que conducia al coro, donde enfrente del altar estaba la urna de Ammonio, sin detenerse hasta que se encontró delante del púlpito de Cirilo: entonces se arrojó en el pavimento boca abajo, abrió los brazos en forma de cruz, y permaneció silencioso é inmóvil á los piés de la muchedumbre.

Se suscitó un murmullo en la congregacion; pero Cirilo, despues de pararse un momento, prosiguió en los términos siguientes:

—“El hombre, en su orgullo y vanidad, desprecia la humillacion y la penitencia; desprecia el corazon destrozado y contrito; y dice que solo hablarán bien de su semejante, mientras éste observe una conducta irreprochable: el Hijo de Dios declara que el que se humilla, como acaba de hacerlo nuestro penitente hermano, es quien será exaltado...”

él es de quien está escrito que su padre le vió á lo lejos, y corrió á recibirle, suplicándole que se pusiese la mejor ropa, un anillo en el dedo y zapatos en los piés, y que se alegrase con el coro de ángeles que se alegra cuando un pecador se arrepiente. Levántate, hijo mio, quien quiera que seas, y vé en paz por esta noche, recordando que el que dijo: “Mi vientre se abre bajo el pavimento,” ha dicho tambien: “No te regocijes, Satanás mi enemigo; pues si caigo me levantaré.”

Estrepitosos aplausos acogieron la hábil, y sin embargo fácil elocuencia del patriarca; pero Filemon se levantó lenta y temerosamente, quedando de rodillas y con el rostro encendido ante los ojos de aquella inmensa multitud.

De repente un anciano se lanzó de junto al púlpito, y le rodeó el cuello con sus brazos. Era Arsenio.

—¡Hijo mio! ¡hijo mio! dijo sollozando, casi en voz alta.

—Esclavo, no menos que hijo, contesto Filemon. Una gracia del patriarca, y luego á los Lauros para siempre...

—¡Oh noche dos veces bendita, exclamó Cirilo con su voz sonora que ha

visto al mismo tiempo la coronacion de un mártir y la conversion de un pecador! ¡que aumenta á la par las filas de la Iglesia triunfante y las de la Iglesia militante! ¡que regocija doblemente á los celestes espíritus, pues que saludan arriba á un hermano victorioso, y abajo á otro arrepentido!

A una señal suya, un eclesiástico se adelantó y se llevó consigo á Arsenio y Filemon, que fueron saludados al pasar por las bendiciones, oraciones y lágrimas de todos, hasta de los monges de Nitria. El mismo Pedro alargó la mano á Filemon.

—Te pido perdon, dijo el pobre joven, complaciéndose en humillarse.

—Y yo te lo concedo, respondió Pedro.

En seguida volvió á la Iglesia con mejor aspecto y sentimientos mejores, quizá que los que le acompañaban de costumbre.

CAPITULO XXVII.

LA VUELTA DEL PRÓDIGO.

A cosa de las diez del siguiente dia, cuando Hipatia, agobiada por el disgusto y la falta de sueño, estaba tratando de ordenar sus ideas para la leccion de despedida, su doncella favorita le anunció que abajo aguardaba un mensajero de Sinesio. Esta noticia fué un rayo de esperanza para la infeliz. ¿Una carta de Sinesio? De él seguramente podia venirle algun consuelo, alguna advertencia. ¡Si el obispo supiera su triste situacion!

—Que te entregue la carta.

—Dice que debe hacerlo en propia mano. Y creo, añadió la doncella, que tenia en su bolsillo una razon sustancial para tal creencia, que te convendria verle.

Hipatia sacudió la cabeza impacientemente.

—Parece conocerte bien, aunque no quiere nombrarse; pero me suplicó te recordase una ágata negra.... (No sé á qué aludiria....) y un espiritu que debia presentarse á ti cuando la frotases.